

población. Cada hombre respeta allí escrupulosamente los derechos de su prójimo, y muy rara vez, por no decir nunca, ocurre una infracción á esta regla. Una igualdad casi perfecta reina en las comunidades; nada hay allí semejante á la amplia demarcación entre la educación y la ignorancia, entre la riqueza y la pobreza, entre el amo y el servidor, tal como se presenta en nuestra civilización. No hay tampoco división del trabajo que, aumentando las riquezas, ponga los intereses en conflicto, ni concurrencia encarnizada ó lucha por la vida... «Tratándose del conjunto de nuestras poblaciones, no podríamos considerarnos realmente superiores á los salvajes...»

Pero sería injusto generalizar lo que el gran naturalista y sociólogo ha dicho de los indígenas de la Amazonia y de la Insulinda, aplicándolo á todas las poblaciones salvajes de los continentes y de los archipiélagos. La isla de Borneo, donde Wallace encontró tantos ejemplos de esa nobleza moral que determinaron su juicio, es aquella misma tierra grande que Boek describe bajo el nombre de «País de los Caníbales»¹, y que también podría llamarse «País de los corta-cabezas» aludiendo á aquellos de los Dayaks que, para adquirir el derecho de llamarse «Hombres» y de fundar una familia, han de haber cortado una ó varias cabezas por astucia ó en franco combate. Asimismo aquella maravillosa isla de Taiti, la Nueva Citeria, de que hablan los navegantes del siglo XVIII con cándido entusiasmo, no responde más que parcialmente á los elogios que de ella hicieron los Europeos, encantados á la vez por la belleza de los paisajes y la amabilidad de los habitantes. Tales personajes augustos y dulces, tales venerables ancianos que, por su noble gravedad, parecen completar los bellísimos cuadros del paraíso oceánico, pertenecerían quizá á la temible casta de los Oros (Ariois), que, después de haber constituido un clero célibe, acabó por convertirse en asociación de parricidas, que, entre ritos infernales, mataban todos sus hijos. Verdad es que en aquella época los Taitianos evolucionaban ya en un periodo de cultura muy alejado del estado primitivo. Pero entonces, ¿se encontraban en regresión, en vez de desarrollarse en sentido del progreso, ó se cruzaban los dos movimientos

¹ *Unter den Kannibalen auf Borneo.*

en la vida social de la pequeña nación encerrada en su estrecho universo oceánico?

He ahí la dificultad capital. Los miles de tribus y otras aglomeraciones étnicas comprendidas por los orgullosos «civilizados» bajo el nombre de «salvajes», corresponden á momentos vivos muy diferentes unos de otros, que se espacian diversamente sobre el camino de las edades y en la infinita red de los medios. Cuando una tribu está en plena evolución progresiva, otra está en manifiesta decadencia; una avanza en un periodo de porvenir, otra desciende por la pendiente mortal. Cada uno de los ejemplos que los diversos autores presentan en la grande información del progreso, debería, pues, ir acompañado de la historia especial del grupo humano á que pertenece, porque dos situaciones casi idénticas en apariencia pueden tener, sin embargo, una significación absolutamente opuesta, si el uno se refiere á la infancia de un organismo y el otro pertenece á su vejez.

Un primer hecho resulta con evidencia de los estudios de etnografía comparada. La diferencia esencial entre la civilización de una tribu primitiva, todavía poco influida por sus vecinas, y la civilización de las grandes sociedades políticas modernas, de ambiciones desmesuradas, consiste en el carác-



UN CRINOIDEO: PENTACRINUS ASTERIA

Un cuarto del tamaño natural.

(Véase página 524)

ter sencillo de la una y en el carácter complejo de la otra. La primera, poco desarrollada, tiene al menos la ventaja de ser coherente y apropiada á su ideal; la segunda, infinitamente superior á la cultura primitiva por las fuerzas puestas en movimiento, es compleja y diversa, cargada de supervivencias, forzosamente incoherente y contradictoria, sin unidad, persiguiendo á la vez objetivos opuestos. En las sociedades de la prehistoria y del mundo todavía reputado salvaje, el equilibrio puede establecerse fácilmente porque su ideal es sencillo¹, y por consecuencia ciertas tribus, ciertas razas primitivas, en que están muy poco desarrollados los conocimientos científicos, no teniendo más que artes rudimentarias y con una vida sin grande variedad, han podido sin embargo alcanzar un estado de justicia mutua, de bienestar equitativo y de felicidad que superan mucho los caracteres correspondientes de nuestras sociedades modernas, tan infinitamente complejas, arrastradas por los descubrimientos y los progresos parciales en un impulso continuo de renovación, mezclado de diverso modo á todos los elementos del pasado. Cuando comparamos nuestra sociedad mundial, tan poderosa, con los pequeños é imperceptibles grupos de los primitivos que han logrado conservarse fuera del alcance de los «civilizadores» — muy frecuentemente «destructores» —, podemos creer que esos primitivos nos eran superiores y que hemos retrocedido en el camino de las edades: nuestras cualidades adquiridas no son del mismo orden que las cualidades antiguas; la comparación, por consiguiente, no puede hacerse equitativamente. El bagaje primitivo se ha aumentado grandemente. Al menos es muy grato fijar la vista sobre algunas decenas ó centenas de individuos, que se habían desarrollado armónicamente en el círculo de su estrecho cosmos y que habían podido realizar en pequeño lo que actualmente procuramos realizar en el conjunto de nuestro universo humano. En aquellas sociedades en que todos sus individuos se consideraban como formando parte de la misma familia, el objeto que se trataba de alcanzar puede decirse que se hallaba á mano, lo que es muy diferente para nuestra sociedad moderna: abraza un mundo, pero no le domina aún.

¹ Guillaume de Greef, *Sociologie générale élémentaire*, lección XI, p. 39.

Tomando la humanidad en su conjunto, aun remontándose hasta los orígenes de los seres vivientes, pueden considerarse todos los grupos sociales como normalmente constituídos en pequeñas colonias distintas, desde

las salpas que flotan en series sobre el mar hasta los enjambres de abejas que se aglomeran en una misma colmena y los pueblos que procuran limitarse con precisión en un círculo de fronteras. Las primeras asociaciones son primitivamente microscópicas, después se hacen cada vez más extensas, y su complejidad no cesa de aumentarse con el tiempo, en proporción del ideal que se eleva y que se hace más difícil de conquistar. Lo adecuado á cada una de esas sociedades minúsculas, es constituir un organismo independiente que se baste

á sí mismo; sin embargo, ninguna está completamente cerrada, á excepción de las que se han establecido en islas, penínsulas ó conjunto de montañas cuya vía se ha perdido. De un grupo de hombres á otro se producen encuentros, relaciones directas é indirectas, y así es como, siguiendo los cambios internos y los acontecimientos del ex-



Cl. Sevrin.

MACROTOMA COLMANTI (LAMEERE)

Coleóptero del Congo septentrional. — Cuatro tercios del tamaño natural.

(Véase página 524)

terior, cada enjambre ha podido interrumpir su evolución especial é individual, asociándose de grado ó por fuerza á otro cuerpo político, integrándose después en una organización superior que tiene que recorrer una nueva carrera de vida y de progreso. Es una transformación análoga á la que verifica una semilla que se transforma en árbol, un huevo en animal: un estado de estructura homogénea se modifica en un estado de estructura heterogénea¹. Pero los destinos son diversos. Entre esas pequeñas sociedades aisladas, gran número perecen de agotamiento senil por algún sangriento conflicto antes de haber podido realizar el objetivo más ó menos elevado á que tendía su funcionamiento normal. Otros microcosmos mejor protegidos por las circunstancias del medio en su desarrollo armónico, han podido felizmente alcanzar la realización de su ideal, vivir conforme á las reglas de la prudencia, tal como las comprendían los antiguos. Así es como muchas tribus, sencillas en su organización social, cándidas en su concepción general del universo, puras de mezclas con otros elementos étnicos, han llegado á constituir pequeñas células bien limitadas en sus contornos, bien distribuídas en sus órganos, conscientes de su solidaridad entre todos los miembros de la tribu, y en el pleno goce cada individuo de una libertad personal absolutamente respetada, de una justicia invulnerable, de una vida reposada y tranquila aproximada al estado que podría denominarse la «felicidad», si esa palabra hubiera de significar solamente la satisfacción de los instintos, de los apetitos, de los sentimientos afectuosos.

En la historia de la humanidad muchos tipos sociales han alcanzado sucesivamente su floración definitiva, lo mismo que en los mundos, de más antiguo origen, de la flora y de la fauna, muchos géneros y especies han realizado su ideal de fuerza, de ritmo ó de belleza, sin que pueda imaginarse nada superior: la rosa, antecesora de tantas formas posteriores, no ha dejado de permanecer perfecta, insuperable. Y entre los animales, ¿pueden imaginarse organismos más acabados, cada uno en su género, que los crinoideos, los escarabidos, las golondrinas, los antílopes, las abejas y las hormigas²? ¿No tiene el hombre, todavía imperfecto á sus propios ojos, en

¹ De Baer; Herbert Spencer, etc.

² H. Drummond, *Ascent of man*.

su rededor innumerables seres vivientes que puede admirar sin reserva si tiene los ojos y la inteligencia abiertos? Y aunque haga una selección en la infinidad de los tipos que le rodean, ¿no es en realidad por la impotencia en que se halla de abarcarlo todo? Porque cada forma, resumiendo en sí todas las leyes del universo que concurren á determinarla, es una consecuencia de ellas igualmente maravillosa.

Es, pues, tan sólo por la mayor complejidad de los elementos que entran en su formación por lo que la sociedad moderna puede reivindicar una superioridad particular sobre las sociedades que le han precedido; es más amplia, se ha constituido en un organismo más heterogéneo por la asimilación sucesiva de los organismos yuxtapuestos. Mas, por otra parte, esta vasta sociedad tiende á simplificarse; procura realizar la unidad humana haciéndose gradualmente depositaria de todas las adquisiciones del trabajo y del pensamiento en todos los países y en todas las edades. En tanto que las diversas tribus que viven aparte representan la diversidad, la nación que aspira á la preeminencia y aun á la absorción de los demás grupos étnicos tiende á constituir la gran unidad; de hecho procura resolver en su beneficio todas las antinomias, hacer una sola verdad de todas las pequeñas verdades diseminadas; ¡pero cuán difícil, sembrado de obstáculos y sobre todo surcado de pérfidos senderos que al principio parecen paralelos á la vía principal y en los cuales se penetra sin temor, está el camino que conduce á tal objeto! La historia nos muestra cómo cada nación, por bien dotada que esté, por gozosa de fuerza y de salud que fuera en su edad de oro, acaba por retrasarse después de cierto período de décadas ó de siglos, se descompone después en bandas que por las malezas ribereñas van á perderse á derecha é izquierda; á veces tratan de volver hacia los orígenes: la diversidad de lenguas, de partidos, de intereses locales dominan sobre el sentimiento de la unidad humana que había sostenido por un tiempo la nación progresiva.

En nuestros días, los diversos grupos étnicos civilizados están ya de tal modo penetrados de esta idea de la unidad humana, que puede decirse que están inmunizados contra la decadencia y contra la muerte. Á menos de grandes revoluciones cósmicas, cuya sombra

no se ha proyectado aún entre nosotros, las naciones modernas se librarán en lo sucesivo de esos fenómenos de ruina, definitiva en apariencia, que se han producido en tantos pueblos antiguos. Ciertamente que las «transgresiones» políticas, análogas á las transgresiones marinas sobre las costas, se realizarán sobre las fronteras de los Estados, y esas fronteras mismas desaparecerán en muchos sitios, esperando el día en que dejen de existir en todas partes; podrán borrarse de los mapas diversos nombres geográficos, pero eso no impedirá que los pueblos abrazados en el terreno de la civilización moderna, parte considerabilísima de las tierras emergidas de las aguas, continúen participando de los progresos materiales, intelectuales y morales unos de otros. Están en el período de la ayuda mutua, y, aunque se entrechoquen en embates sangrientos, no dejan de trabajar parcialmente en la obra común. Cuando la última guerra europea entre Francia y Alemania perecieron centenas de millares de hombres, se arrasaron campos cultivados y se destruyeron grandes riquezas, se execraron y maldijeron de una parte y de otra; pero ello no impidió que el trabajo del pensamiento continuara de ambos lados en beneficio de todos los hombres, incluso los adversarios mutuos. Se disputó patrióticamente para saber dónde se había descubierto y aplicado eficazmente por primera vez el suero de la difteria, si al Este ó al Oeste de los Vosgos, pero en Francia como en Alemania el medicamento aumentó el poder del hombre, solidario sobre la naturaleza indiferente. De ese modo mil otras invenciones nuevas han llegado á ser el patrimonio común de las dos naciones vecinas, enemigas, rivales, es cierto, pero en el fondo íntimamente amigas, puesto que trabajan con ardor en la obra general que ha de aprovechar á todos los hombres. Y allá abajo, del lado del Extremo Oriente, la guerra sorda ó desencadenada entre Japoneses y Rusos no puede detener los admirables progresos que se realizan en esas regiones del mundo en el sentido de la distribución de la cultura y del ideal humanos. Ya un período histórico mereció el nombre de «humanismo», porque unía á todos los hombres hermanados por el estudio del pasado griego y latino, en el goce común de los altos pensamientos expresados en tan bellos idiomas; cuánto más derecho tendrá nuestra

época á una denominación análoga, puesto que asocia en un grupo solidario, no sólo una confraternidad de eruditos, sino naciones enteras, salidas de las razas más diversas que pueblan los relativamente más lejanos países del globo!

Y sin embargo, en nuestros días el sentimentalismo humanitario está en baja; todos nuestros grandes escritores, todos los hombres de Estado derrochan ingenio á expensas de esa pobre sentimentalidad, debido á que la segunda mitad del siglo XIX ha sido fértil en enseñanzas relativas á las formas que á veces toma el progreso. Los revolucionarios de 1848 lanzaron con brillo particular la palabra «humanidad», pero aquellas buenas gentes, en su profunda ignorancia, no tenían idea alguna de las dificultades que habían de encontrar á su propaganda, y fué muy fácil ridiculizarlos después de la derrota. Vino después la guerra franco-alemana, que elevó á la cúspide de la gloria la política bismarckiana, floreciente en la sentimental Alemania. Se puso empeño en copiar, aunque con general incapacidad, la manera de obrar del Canciller de Hierro, cuya sombra reina aún sobre nosotros. A la libertad de Grecia y de las Dos Sicilias, á las aclamaciones que saludaron un Byron, un Kossuth, un Garibaldi, un Herzen, ha sucedido la conducta más prudente ante las carnicerías de Armenia, las matanzas del Africa austral y los progroms de Rusia. En todos los países de Occidente domina un ardiente nacionalismo, y en general las fronteras se han reforzado desde hace cincuenta años. Hemos visto también, en la Gran Bretaña, la idea republicana, que reunía muchos partidarios antes de 1870, borrarse poco á poco de la política corriente, y lo mismo sucede en todos los países civilizados respecto de las «utopías» más generosas. Habría motivo para desanimarse considerando esas evoluciones innegables como retrocesos definitivos, si se perdiera de vista la investigación de las causas; pero cuando se ha comprendido el funcionamiento de esas reacciones, no puede conservarse la menor duda de que ha de resonar nuevamente el grito de «humanidad» cuando los «humillados y ofendidos», que no han cesado de pronunciarle entre sí, se hayan asimilado un perfecto conocimiento científico; cuando hayan adquirido una mayor destreza en su inteligencia internacional, se sentirán bastante fuertes hasta impedir para siempre toda amenaza de guerra.

Por graves, por llenas de peligros que puedan ser en sus detalles las discusiones entre los gobiernos rivales, esas disputas, aun seguidas de guerras, no pueden tener consecuencias análogas á las de las luchas de otros tiempos que hicieron desaparecer los Hititas, los Elamitas, los Sumerianos y Acadios, los Asirios, los Persas y, antes que ellos, tantas civilizaciones cuyos nombres hasta nos son desconocidos. En realidad, todas las naciones, incluso las que se tienen por enemigas, constituyen, á pesar de sus jefes y de las supervivencias de odios, una sola nación cuyos progresos locales reaccionan sobre el conjunto y constituyen un progreso general. Los que el «filósofo desconocido» del siglo XVIII llamaba los «hombres de deseo», es decir, los que quieren el bien y trabajan para realizarle, son ya muy numerosos y bastante activos y armoniosamente agrupados en una nación moral para que su obra de progreso se sobreponga á los elementos de retroceso y de disociación que producen los odios supervivientes.

Á esa nación nueva, compuesta de individuos libres, independientes los unos de los otros, pero tanto más amantes y solidarios; á esa humanidad en formación hay que dirigirse para la propaganda de todas las ideas que parecen justas y renovadoras. La gran patria se ha ensanchado hasta los antípodas, y como tiene conciencia de sí misma, siente la necesidad de darse una lengua común: no basta que los nuevos conciudadanos se adivinen de un extremo á otro del mundo, es preciso que se comprendan plenamente, pudiendo deducirse en conclusión y con toda certidumbre que el lenguaje deseado verá la luz: todo ideal fuertemente deseado se realiza.

Esta unión espontánea de los hombres de buena voluntad por encima de las fronteras, quita todo valor directivo á las «leyes», falsamente así denominadas, que se han deducido de la evolución anterior de la historia y que, no obstante, merecen ser clasificadas en la memoria de los hombres como habiendo tenido su verdad relativa. Así debe recordarse la teoría según la cual la civilización habría caminado alrededor de la Tierra en sentido de Oriente á Occidente, lo mismo que el sol, fijando su foco cada mil años sobre la circunferencia del planeta. Algunos historiadores, seducidos por la elegante parábola descrita por la marcha de la civilización



Cl. del Photochrom.

EL KASBEK, VISTO DESDE EL VALLE DEL ARAGVA, AL SUD

entre la Babilonia antigua y nuestras Babilonias modernas, formularon la ley de la precesión de la cultura. Sin embargo, desde antes de la época del florecimiento helénico, los Egipcios, abrazando en su espíritu la inmensidad del mundo nilótico, real universo por su extensión y su aislamiento, daban otra dirección á la propagación del pensamiento humano: creían que le habían recibido de Sud á Norte, traído por la corriente del Nilo, del mismo modo que habían llegado los aluviones fecundos. Probablemente se engañaban, y, al menos en una época histórica conocida, la civilización se propagó en sentido contrario, desde Menfis á Tebas de las «Cien Puertas». En otras comarcas no hay duda que, á lo largo de los ríos y en sentido de su corriente, el movimiento de cultura hizo nacer las ciudades populosas, centros del trabajo humano. Así fué como en la India la trayectoria siguió de Noroeste á Sudeste, en las márgenes del Ganges y del Djamma; y en las inmensas llanuras chinas, la «línea de vida» se dirigió de Este á Oeste en los valles de Hoang-ho y del Yangtse-kiang.

Esos ejemplos bastan para demostrar que la pretendida ley del progreso que determinaría el traslado sucesivo del foco mundial por excelencia en el sentido de Oriente á Occidente, sólo tiene un valor temporal, local, y que otros movimientos seriales han prevalecido en diversas comarcas, según la inclinación del suelo y las fuerzas de atracción que suscitan las condiciones del medio¹. No obstante, bueno es recordar la tesis clásica, no sólo á causa de los hechos que explican su origen, sino también porque está todavía reivindicada por una ambiciosa nación del «Gran Oeste», que proclama altamente sus derechos á la preeminencia. ¿Pero no ha llegado á ser evidente, para los miembros de la gran familia humana, que el centro de la civilización está ya en todas partes, en virtud de mil descubrimientos y aplicaciones que se hacen diariamente, aquí ó allá, y se propagan en seguida de ciudad en ciudad sobre la redondez de la Tierra? Los trazados imaginarios que las historias antiguas dibujaban sobre la circunferencia del globo, se han ahogado, por decirlo así, bajo el avance de la inundación que cubre actualmente todos los países: es verdaderamente ese diluvio de saber de que

¹ Véase el cap. VI, lib. I.

hablaba el Evangelio, desde otro punto de vista, que se extiende igualmente sobre todas las partes del mundo. El elemento espacio ha perdido importancia, porque el hombre puede enterarse, y se entera, en efecto, de todos los fenómenos del suelo, del clima, de la historia y de la sociedad que distinguen los diferentes países. Comprenderse es ya asociarse, confundirse en cierto modo. Es cierto que el contraste existe siempre entre tierra y tierra, nación y nación, pero se atenúa y tiende gradualmente á neutralizarse en el entendimiento de las gentes ilustradas. El foco de la civilización es todo punto donde se piensa, donde se agita; es el laboratorio del Japón, de Alemania, de América, donde se descubren las propiedades de tal metal ó de tal cuerpo químico, el taller donde se construye tal propulsor de barco ó de aeronave, el observatorio donde se descubre tal fenómeno desconocido en el movimiento de los astros.

La teoría, antes famosa, de Vico, sobre los *corsi* y los *ricorsi*, el flujo y el reflujo de las evoluciones históricas, se halla tan abandonada en la discusión, como la hipótesis del desplazamiento sucesivo de los centros de cultura. No hay duda que una sociedad cerrada, procediendo como un individuo distinto, debe tener una tendencia natural á desarrollarse siguiendo oscilaciones rítmicas, en períodos de actividad sucesores de las horas de reposo, y cuando comienza de nuevo; el empleo de los mismos elementos en condiciones análogas ha de producir un funcionamiento casi idéntico. El vaivén de la democracia al régimen de los tiranos y de la tiranía al gobierno popular ha podido realizarse con un balanceo semejante al del reloj. Pero desde que la ciencia de la historia se ha agrandado y los elementos étnicos se hallan diversamente aumentados, la perturbación ha debido necesariamente producirse en la alternativa rítmica de los acontecimientos: el flujo y reflujo forman tal amplitud y se entremezclan de una manera tan variada que no puede reconocérseles con certidumbre, y, en gran parte, para hallarlos en una bella ordenación, se ha reemplazado la figura plana en que se mueve el balancín de Vico, por una curva sin fin de espirales ascendentes. Tal es la imagen poética con que Goethe los representaba, la cual sólo muy de lejos responde á la realidad. La verdad es que el enredo infinito de los hechos históricos, se pre-

senta á los que lo estudian en general como desplegándose en grandes masas; pero en el interior se produce incesantemente un movimiento de acción y de reacción, y la resultante de las diferentes fuerzas en conflicto no puede llevar la humanidad por la línea recta. Un conjunto de tan prodigiosa heterogeneidad no está desprovisto de desarrollos armónicos, de admirables oscilaciones en los mil detalles de sus cuadros, pero las formas geométricas, por elegantes que sean, son insuficientes para dar una idea de las infinitas ondulaciones.

Esa misma extensión del campo de estudios, que crece con las revoluciones y los siglos, constituye uno de los principales elementos de progreso: la humanidad consciente ha aumentado constantemente en la misma proporción de la asimilación geográfica de las tierras lejanas al mundo ya científicamente investigado. Y en tanto que el explorador conquista el espacio y permite así á los hombres de buena voluntad asociar sus esfuerzos por todo el mundo, el historiador, vuelto hacia el pasado, conquista el tiempo. El género humano, que se hace Uno bajo todas las latitudes y todos los meridianos, intenta igualmente realizarse bajo una forma que comprenda todas las edades. Es esta una conquista no menos importante que la primera. Todas las civilizaciones anteriores, hasta las de la prehistoria, entreabren ante nosotros el tesoro de sus secretos y se incorporan gradualmente, en cierto sentido, á la vida de las sociedades actuales. Por la sucesión de los tiempos, que puede intentarse estudiar ahora como un cuadro sinóptico que se despliega siguiendo un orden en el que procuramos hallar la lógica de los acontecimientos, cesamos de vivir únicamente en el momento en que huye, y abrazamos en el pasado toda la serie de las edades trazadas por los analistas y descubiertas por los arqueólogos. De esta manera llegamos á desprendernos de la línea estricta de desarrollo indicado por el ambiente de nuestro punto de residencia y por la descendencia especial de nuestra raza. Ante nosotros se dibuja la infinita red de las vías paralelas, divergentes, entrecruzadas que siguieron las otras fracciones de la humanidad. Y en todas partes, en esos tiempos que se desarrollan hacia un horizonte indefinido, se presentan ejemplos que solicitan nuestro genio de imitación; por todas partes vemos surgir hermanos hacia los cuales sentimos